

capilla que hay en el fondo del jardín. Otros que huían por el jardín, ó trataban de escapar por encima de las tapias, eran perseguidos y rematados en medio de crueles risotadas. En la Abadía se asesinaba á una treintena de suizos y otros tantos guardias del rey. No hubo medio de salvarlos. Manuel, que era muy estimado, fué desde la Comuna, predicó, hizo los últimos esfuerzos y tuvo el sentimiento de ver lo poco que sirve el amor del pueblo. Faltó poco para que los furiosos le atropellasen. La Asamblea había enviado también á varios de sus miembros más populares: el buen viejo Diesaulx, cuya noble fisonomía militar y hermosos cabellos blancos podían recordar al pueblo su tiempo de heroica pureza, la toma de la Bastilla; Isnard, el orador de la guerra, de ardiente palabra. Se les había agregado un héroe del populacho, violento, astuto, á propósito para responder á las malas pasiones, acaso para moderarlas, compartiéndolas; me refiero al capuchino Chabot.

Todo fué inútil. La multitud estaba sorda y ciega; bebía cada vez más, y comprendía cada vez menos. La noche se aproximaba; los sombríos patios de la Abadía se ponían más y más sombríos. Las antorchas que se encendían hacían resaltar más la oscuridad de lo que no iluminaba con sus fúnebres reflejos. Los diputados, en medio de aquel tumulto espantoso, no estaban tampoco muy seguros. Chabot temblaba como un azogado. Más adelante confesó que creía haber cruzado por bajo una bóveda de diez mil sables. Por muy embustero que fueso de ordinario, creo de buena fe, que entonces no mintió. El miedo le haría ver multiplicados hasta el infinito los objetos. Por lo demás, basta ver el lugar de la escena, los patios de la Abadía, el atrio de la iglesia, la calle de Santa Margarita, para comprender que algunos centenares de hombres llenarían con exceso aquel lugar muy reducido, cercado por todas partes.

Lo que comenzaba á dar un carácter terrible á la matanza, es que por lo mismo que la escena era muy limitada, los espectadores mezclados en la acción, rodeados de sangre y de muertos, estaban como envueltos en el torbellino magnético que arrastraba á los asesinos. Bebían con los verdugos y se convertían en verdugos. El efecto horriblemente fantástico de aquella escena nocturna, aquellos gritos, aquellas luces siniestras, les habían fascinado al principio y clavado en el mismo sitio. Luego llegaba el vértigo, acababan de perder la cabeza; seguían las piernas y los brazos, se ponían en movimiento, entraban en aquel horrible aquelarre y hacían lo que lo demás.

En cuanto mataban una vez ya no se conocían y querían seguir matando. Una misma frase repetían sin cesar aquellas bocas balbucientes: «Hoy es preciso acabar.» Y con esto no aludían sólo á matar á los aristócratas, si no á acabar con todo lo malo que existía, á purgar á París, no dejando en él nada al marchar que pudiera ser peligroso; matar á los ladrones, á los monederos falsos, á los fabricantes de asignados, matar á los jugadores, á los estafadores; matar hasta las prostitutas... ¿Dónde se detendría el asesinato colocado en aquella fatal pen-

diente? ¿Cómo limitar aquel furor de depuración absoluta? ¿Qué sucedería, y quién estaría seguro de conservar la vida, si por encima de aquella embriaguez de aguardiente y de muerte se agitaba otra además, la embriaguez de la justicia, de una falsa y bárbara justicia, que no medía nada; de una justicia al revés, que castigaba los simples delitos con crímenes?

En esta horrible disposición de ánimo, á muchos les pareció que la Abadía era un campo muy estrecho y corrieron al Chatelet. El Chatelet no era una prisión política; se encerraban allí los ladrones y los condenados á detención por faltas menos graves. Aquellos prisioneros, que habían oído decir la víspera que muy pronto se vaciarían las prisiones, creyendo encontrar su libertad en la confusión pública, pensando que con la proximidad del emigo podrían abrirles las puertas los realistas, habían hecho el 1.º de Septiembre sus preparativos de marcha; varios con sus petates bajo del brazo, se paseaban por los patios. Salieron, pero de manera diferente. A las siete de la noche llegó al Chatelet desde la Abadía una tromba horrible; una matanza sin distinción comenzó á sa-blazos y á tiros. En ningún sitio se mostraron menos implacables. De cerca de doscientos prisioneros, no se escaparon más de cuarenta. Estos obtuvieron la vida, según se dice, jurando que en verdad habían robado, pero que habían tenido siempre la delicadeza de no robar más que á los ladrones, á los ricos y á los aristócratas.

El Chatelet estaba á un extremo del puente Change; la Conserjería estaba en el otro. Allí se encontraban entre otros prisioneros, ochocientos oficiales suizos. En el mismo momento, uno de ellos, el mayor Bachmann, era juzgado por el tribunal extraordinario; el solo entre todos, fué exceptuado, reservado para el cadalso. La matanza de los suizos y de los otros prisioneros se verificó cerca del Tribunal, y á cada instante fué interrumpida la audiencia por sus gritos. En aquellos días espantosos no hubo nada tan repugnante como aquella mezcla de la justicia regular y de la justicia sumaria, aquel espectáculo de los jueces temblando en sus estrados, continuando en el tribunal unas formalidades inútiles, apresurando un vano simulacro de proceso, cuando el acusado no tenía más probabilidad que la de ser asesinado en el día ó guillotinado al siguiente.

Mientras mataron así los ladrones, los suizos ó los curas, los asesinos herían sin vacilación. La primera dificultad surgió en la Abadía, cuando muchos curas que vivían todavía declararon que querían morir, pero pedían tiempo para confesarse. La petición les pareció justa y les concedieron algunas horas.

En aquel momento quedaba poca gente en la Abadía. Además del destacamento enviado temprano á los Carmelitas, muchos, como hemos visto, trabajaban en el Chatelet. Se intentó (probablemente á eso de las siete de la tarde) organizar un tribunal en la Abadía; de suerte que no se matase ya indistintamente y se librasen algunas personas. Aquel

tribunal produjo el resultado de salvar un gran número de individuos. Demos á conocer al hombre que formó el tribunal y le presidió.

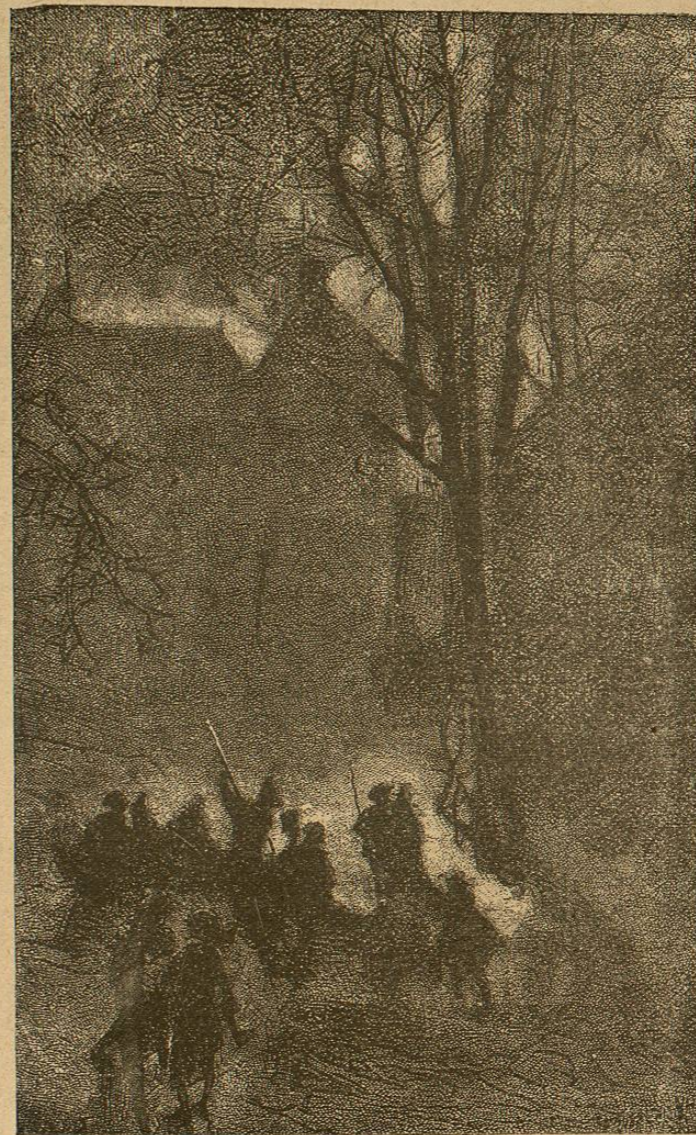
Había en el b rrio de San Antonio un personaje extraño, del que ya hemos hablado, el famoso hujier Maillard. Era un fanático sombrío y violento, bajo formas muy frías, de un valor y de una sangre fría raras y singulares. Cuando la toma de la Bastilla, al romperse el puente levadizo, fué sustituido con una plancha, y el primero que pas  por ella



VILLAUD-VARENNES

cayó al foso desde una altura de treinta pies, y se mat  en el acto. Maillard pas  el segundo, y sin vacilación, sin vértigo, llegó a la otra orilla. Se le volvió a ver el 5 de Octubre, cuando la conducción de las mujeres, no permitiendo en el camino, ni pillaje, ni desorden; mientras estuvo a la cabeza de aquella turba no hubo ninguna violencia. Su originalidad era, en los movimientos más tumultuosos, conservar las formas regulares y casi legales. El pueblo le amaba y le tem . Tenía cerca de seis pies; su talle, su vestido negro, honrado, usado pero limpio, su figura colosal, solemne, lúgubre, imponían a todos.

Maillard quería la matanza, sin duda; pero hombre de orden ante todo, aspiraba igualmente a dos cosas: 1.  a que los aristócratas fuesen



«Hoy es preciso acabar» (Pág. 222)

muertos; 2.  a que lo fuesen legalmente, con algunas formalidades, por la sentencia del pueblo, único juez infalible.

Procedió con método, se hizo llevar el registro de la prisión: y con él a la vista hizo los llamamientos de suerte que comparecieron todos

por turno. Se constituyó un jurado, elegido no entre los obreros, si no entre personas establecidas, padres de familia de la vecindad, modestos tenderos. Estos burgueses se encontraron, por gracia de Maillard, con la aprobación de la multitud, formando parte de un tribunal popular formidable, que con una señal decidía la vida ó la muerte. Pálidos y mudos, se establecieron allí aquella noche y los días siguientes, juzgando por señas, dando su opinión con movimientos de cabeza. Varios, cuando veían á la multitud algo favorable á algún prisionero, pronunciaban frases de indulgencia.

Con la creación de este tribunal, solo se había librado un hombre, el abate Sicard, profesor de sordo-mudos, reclamado además por la Asamblea nacional. Desde que Maillard tomó asiento, con su jurado, hubo distinción, hubo culpables é inocentes; muchas gentes se libraron. Maillard consultaba la multitud; pero en realidad su autoridad era tal que imponía su opinión. Era respetada, fuese la que fuese, aun cuando absolvía. Cuando el fantasma negro se levantaba, ponía la mano sobre la cabeza del prisionero y le proclamaba inocente, nadie se atrevía á decir: No. Aquella absolución, solemnemente pronunciada, eran acogidas generalmente por los asesinos con clamoros de alegría. Varios, por una extraña reacción de sensibilidad, derramaban lágrimas, y se arrojaban en los brazos de aquel que un momento antes les hubiera degollado. No era una prueba pequeña el recibir aquellos apretones de manos sangrientas, el ser estrechado sobre el pecho de aquellos asesinos sensibles. No se contentaban con esto. Acompañaban á «aquel buen hombre, á aquel buen ciudadano, á aquel buen patriota.» Le enseñaban con alegría, con entusiasmo, le recomendaban á la piedad del pueblo. Si no le conocían, y no tenían nada que decir de él, lo suplían con su exaltada imaginación, y componían su leyenda; la contaban por el camino, y cosa extraña, á medida que la improvisaban y se la hacían creer á los transeúntes, acababan por creerla ellos mismos. «Ciudadanos, decían; ¿veis á este patriota? pues bien, le habían encerrado por haber hablado demasiado bien de la nación...»—«¿Veis á este desgraciado? gritaba otro—sus parientes le habían hecho encerrar para apoderarse de sus bienes.» «Al mismo tiempo, dice el que nos ha referido estos detalles, los transeúntes se apiñaban para verme alrededor del coche donde yo estaba, me abrazaban á través de las ventanillas...»

Los que acompañaban á un prisionero, tenían á gala no recibir nada, contentándose con aceptar á lo más un vaso de vino de los amigos ó parientes á cuya casa le llevaban. Decían que estaban bastante pagados con presenciar aquella escena de alegría y con frecuencia lloraban de satisfacción.

Había, por lo menos al principio de la matanza, un desinterés muy real. Sumas considerables en lises de oro, que se encontraron en la Abadía sobre las primeras víctimas, fueron inmediatamente llevadas á la Comuna. Lo mismo ocurrió en los Carmelitas. El zapatero que había

entrado el primero y se había hecho capilar, tuvo un cuidado escrupuloso de todo lo que se cogió. Un testigo ocular, que me lo ha referido, le vió por la noche entrar con su banda en la iglesia de San Sulpicio, llevando bajo su delantal de cuero ensangrentado, una gran masa de oro y alhajas, anillos episcopales y sortijas de gran valor. De todo hizo fiel entrega, ante testigos, á la autoridad.

Al día siguiente, en la mañana del 3, hubo un notable ejemplo de desinterés. Acordóse que la matanza de los ladrones del Chatelet era incompleta si no se agregaba á ella el de unos sesenta forzados que estaban en los Bernardinos, esperando su conducción. Fueron á degollarlos; y arrojaron sus despojos á la calle con prohibición de que se tocasen. Un aguador que pasaba miró con curiosidad un traje y lo cogió para mirarlo mejor, siendo muerto en el mismo momento.

Aquella justicia al azar, alterada tan pronto por el furor como por la piedad, por el desinterés y el sentimiento del honor, hirió á más de un republicano salvando á los realistas. En el Chatelet, d'Epresmenil se hizo pasar por asesino; tan grande era el desorden. Lo que más extraña, es que hubo realistas perdonados por el solo hecho de confesar valerosamente que eran realistas, alegando que lo habían sido de corazón y por sentimiento, sin tener nada que reprocharse. Así es como se libró un periodista muy aristócrata, uno de los redactores de las *Actas de los Apóstoles*, Journiac de Saind-Meard. Había interesado en su favor á uno de sus guardianes, provenzal como él, que le proporcionó una botella de vino; la bebió de un trago, y habló con una seguridad que cautivó al tribunal. Maillard proclamó que la justicia del pueblo castigaba los actos y no los pensamientos y le despidió absuelto.

Por este solo hecho se ve la audacia extraordinaria del juez de la Abadía. A veces puso á prueba la obediencia de los asesinos. Algunos se indignaron, reclamaron y entraron en el tribunal con el sable en la mano. Una vez delante de Maillard se intimidaban y se iban.

Había en la Abadía una joven encantadora, la señorita Cazotte, que se había encerrado allí con su padre Cazotte, el ingenioso visionario, autor de óperas cómicas; era muy aristócrata; había contra él y sus hijos pruebas escritas muy graves. No había grandes probabilidades de salvarle. Maillard concedió á la joven el favor de asistir al juicio y á la matanza, y de circular libremente por todas partes. Aquella joven valerosa se aprovechó de ello para captarse las simpatías de los asesinos; los conquistó, los encantó, se ganó su corazón, y cuando se presentó su padre ya no hubo nadie que quisiera matarle.

Esto ocurrió el 4 de Septiembre. Hacía tres días que Maillard permanecía inmutable en su asiento: condenaba y absolvía. Había salvado á cuarenta y dos personas. La que hacía cuarenta y tres era muy difícil, imposible de salvar, al parecer. Era Mr. de Sombreuil, conocido como enemigo declarado de la Revolución. Sus hijos estaban en aquel momento en el ejército enemigo, y uno de ellos se batió también contra la

Francia y fué condecorado por el rey de Prusia. La única probabilidad de Sombreuil estaba en que su hija se hallaba encerrada con él.

Cuando compareció ante el tribunal, aquel realista encarnizado, aquel culpable, aquel aristócrata, y se vió á un antiguo militar que en otras épocas había servido valientemente á la Francia, Maillard, haciendo un esfuerzo grande, pronunció estas nobles palabras: «Inocente ó culpable, creo que sería indigno del pueblo que se salpicase las manos con la sangre de este anciano.»

La señorita de Sombreuil, animada por estas frases, cogió intrépidamente á su padre y le llevó al patio abrazándole y estrechándole entre sus brazos. Estaba así tan hermosa y tan patética, que excitó la admiración de todos. Algunos sin embargo, después de haber derramado tanta sangre por lo que creían de justicia, tenían escrúpulos en seguir los impulsos de su corazón, cediendo á la piedad y perdonando al más culpable. Se ha dicho sin ninguna prueba que para conceder á la señorita de Sombreuil la vida de su padre, la exigieron que jurase la Revolución, abjurando la aristocracia, y que en odio á los aristócratas, bebiese sangre de éstos.

No es posible que la señorita de Sombreuil hubiese obtenido de este modo el perdón de su padre. Pero ni la habrían hecho esta proposición, ni deferido el juramento, si el juez de la Abadía no hubiese apelado á la generosidad del pueblo, y si la palabra que le dió la vida no hubiera brotado de los labios de la Muerte.

Este fue el último acto de la matanza. Maillard salió de la Abadía, llevando la vida de cuarenta y tres personas á las que había salvado y la execración de la posteridad.



CAPITULO XII

(Continuación) el 3 y el 4 de Septiembre

Terror universal en la noche del 2 al 3.—Inercia calculada de Danton.—Progreso de la barbarie, el 2, 3 y 4 de Septiembre.—En la Abadía la matanza se convierte en un espectáculo (3 de Septiembre del 93).—Tentativa sobre el hospicio de mujeres.—Peligro de las mujeres en la Force.—Matanza en la Force (3 de Septiembre del 92).—Muerte de madama de Lamballe.—La cabeza de madama Lamballe llevada al Temple (8 de Septiembre del 93).—Los ministros piden en vano que la Asamblea llame á las armas á la guardia nacional.—Carta de madama Roland á la Asamblea.—Circular de Marat en nombre de la Comuna aconsejando la matanza en los departamentos.—Degüello de las mujeres y los niños en la Salpetriere y en Bicetre (4 de Septiembre del 92).

Nadie en la noche del 3 al 4 de Septiembre se daba todavía cuenta del alcance y del carácter del terrible suceso. Al velo de la noche añadían un doble velo el vértigo y el terror. Tantos hombres que más adelante supieron morir tan bien sobre el cadalso ó en el campo de batalla, se aturdieron aquella noche y tuvieron miedo. Extraño poder de la imaginación, de las ilusiones nocturnas, de las tinieblas... Después de todo solo era la muerte.

Nadie podía figurarse cuan reducido era el número de los actores de la tragedia. El gran número de los espectadores y de los curiosos, engañó á todo el mundo. Los asesinos, cuando empezaron, no llegaban á cincuenta; y por más que reclutaron algunos jamás pasaron de los tres ó cuatrocientos. La Abadía fué su cuartel general; allí *trabajaron* tres días, y desde allí fueron la mayor parte á las diversas prisiones, el 2 á los Carmelitas, al Chatelet, á la Conserjería; el 3 á la Force, á los Bernardinos, á San Fermín. El 4 salieron en gran número de París é hicieron la expedición á la Salpetriere y el saqueo de Bicetre.

Pero las imaginaciones no lo vieron así: Chabot, presente en la Abadía, creía haber visto diez mil sables. Los ausentes vieron cien mil.

El contagio de los furios populares es á veces tan rápido y tan grande, que podía creerse en efecto que la primera chispa produciría